

LA INVITACIÓN.

En algún rincón del norte de Europa, una pareja espera a sus invitados. Son las siete de la tarde. Todo es cálido y apacible. Todo está inmóvil en esos primeros días de junio. La vida sigue su ritmo tranquilo...

Como en la mayoría de las obras de Jesús Carazo, el tiempo, de un modo muy beckettiano, aparece condensado: una velada equivale a una vida. Es la letanía de los instantes. Pero ¿por qué tiene uno enseguida la impresión de que una indefinible amenaza se cierne sobre esa *encantadora casita de campo con jardín*? ¿Por qué piensa que hay demasiado fingimiento, demasiada simulación? Probablemente porque, al igual que en las piezas precedentes del autor –*América* (2000) y *El ojo de cristal* (2001)–, en lugar de las palabras, lo que habla es la entonación, la modulación, la inflexión de las voces. Pero es preciso oír más allá de la enunciación, captar el antes y el después, lo que se dice y lo que no se puede decir.

Si el *tedium vitae* inspiraba las dos obras citadas, el dolor, ya sea del odio o del remordimiento, anima *La invitación*. ¿Cuánto dolor, cuánta pena puede uno soportar? ¿Qué sabemos del dolor ajeno? ¿Hay heridas insufribles? Si todo puede comprarse y venderse, ¿puede uno pagar también *todas sus culpas*? Si todo se puede comprender, ¿puede también justificarse? ¿Como es posible vivir entre la razón, los ideales y los sentimientos?

Certezas e idealismos se ponen, pues, en tela de juicio en este drama recorrido por un humor desengañado cuyos personajes nos proponen, de manera estremecedora y original, una *Invitación...* a la reflexión y a la duda saludable.

Dominique Deblaine
UNIVERSIDAD DE BURDEOS